

ALVARO.—Llueve.

SANTA.—Como siempre en Campanela...

(Pausa.)

ALVARO.—¿No están los tíos?...

SANTA.—Sí, sí; estamos todos.

ALVARO.—(Acercándose lentamente.)—Santa...

SANTA.—¡Ay!

ALVARO.—¿Qué es?

SANTA.—Un pinchacito .. nada.

ALVARO.—Dios quiere proporcionarme un minuto a solas contigo. Bien sabes que no los busco; al contrario, que los rehuyo...; pero cuando Dios lo quiere, ¿no lo querrás tú, Santiña?

SANTA.—¿Para qué?... Si yo tuviera que elegir entre la amistad tuya y la de todos, todos juntos, elegiría la tuya. Estás convencido, ¿verdad?

ALVARO.—Y yo todo por tí. Posición, carrera, fortuna, nombre, todo, por lograr tu cariño. Estás convencida, ¿verdad?

SANTA.—Pero es imposible...

ALVARO.—¡Siempre el imposible!

SANTA.—Siempre...

ALVARO.—¿Pero tú comprendes bien el absurdo de estar aguardando eternamente por quien no viene ni vendrá?

SANTA.—¡Es una fatalidad enorme! ¡es una injusticia enorme! el que yo me vea ligada a un marido que me despreció, que me robó mi pequeñísima fortuna, y del que no he vuelto a saber desde hace diez años si está vivo o si está muerto... ¡Es un vínculo absurdo!... completamente absurdo... ¡pero es un vínculo... y me liga!

ALVARO.—¡Rómpelo!

SANTA.—¿Cómo?

ALVARO.—¡Viniendo a mí!

SANTA.—(Levantándose.)—¿De amante? ¡Eso no! Soy muy desdichada, tengo un miedo horrible, pavoroso, por si algún día la caridad y la protección de estos parientes me faltara; creo en tí absolutamente, ciegamente, sin una duda siquiera... ¡Pero no renuncio a mi conciencia! ¡Eso no!

ALVARO.—¿Y cuál es la culpa de que puede acusarte tu conciencia? Van diez años de abandono... ¡diez años! sin una noticia, ni mala ni buena; sin una noticia de ese hombre, que probablemente ahora estará pudriéndose en cualquier rincón de cualquier sitio adonde le llevaron sus fechorías y sus aventuras... Me parece que es plazo sobrado de resignación para que tu conciencia se halle tranquila y para que la con-

ciencia de los demás te justifique y te absuelva en el porvenir.

SANTA.—No, Alvaro, no. Sin que las leyes me desliguen, yo no contraeré ningún lazo.

ALVARO.—¿Las leyes? Pero las leyes reclaman una prueba material... ¿y si no la tienes?

SANTA.—¿No hay lo que llaman una presunción de muerte?

ALVARO.—Sí hay, sí. ¿Pero tú sabes el tiempo que marcan las leyes para declarar la muerte presunta del ausente?

SANTA.—¿Mucho?

ALVARO.—¡Treinta años!

SANTA.—¡Treinta años!

ALVARO.—¿Y tú crees que hay justicia, que hay derecho, que hay razón para decirle a una mujer de treinta años que aguarde otros treinta años para pensar en rehacer su vida, deshecha por culpa de otro?... ¿No ves el absurdo de aguardar a la vejez para dejarte ir con un afán de juventud?

SANTA.—(*Resignada.*)—Pues no iré jamás.

ALVARO.—Pero es un crimen contra tu propia naturaleza, contra la vida, contra el sentido común...

SANTA.—Es verdad, pero no iré.

ALVARO.—¡Ven, Santa, ven!

SANTA.—No.

ALVARO.—¡Santal

SANTA.—¡No!

ALVARO.—¡Santal

SANTA.—No.

ALVARO.—¡Pero es absurdo!

SANTA.—Sí.

ALVARO.—Y monstruoso.

SANTA.—Sí.

ALVARO.—¡Y desesperado!

SANTA.—Sí.

ALVARO.—Y comprendiéndolo...

SANTA.—(*Atajándole.*)—¡No! ¡No! ¡No!

(*Se sienta, coge la labor para trabajar, pero aniquilada se echa a llorar, tapándose la cara con el traje del disfraz.*)

ALVARO.—(*Con ira.*)—Bien está. Seguiremos en la ridícula espera de años y de siglos... pero esas lágrimas de hoy y las de mañana, no las pongas en la cuenta de las desdichas, sino en la cuenta de las cobardías inútiles.

SANTA.—(*Alzándose vivamente.*)—¡Alvarol ¡No puede ser! ¡Ese hombre vive!

ALVARO.—¿Lo sabes?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
4411-150-11-153
1946-1925 - CALLE DEY. MEXICO

SANTA.—No, no lo sé. Pero si hubiera muerto, Dios me lo diría con alguna revelación.

ALVARO.—¡No! Cuando Dios no te reveló antes que ibas a casarte con un canalla y con un bandido, no aguardes ahora por revelación ninguna.

SANTA.—(*Espantada.*)—¡Alvaroll

ALVARO.—(*Yendo.*)—¡Santa! ¡Santiña mía!...

SANTA.—(*Retrocediendo.*)—¡No!

ALVARO.—(*Despechado.*)—¡Pues no!—(*Pausa: sonriendo forzosamente.*)—¿Está don Tirso?... Voy a saludarlo, con tu permiso...

(*Mutis lento, por la izquierda
Santa llora, descubriéndose vivamente al sentir que entran.*)

ESCENA VII

SANTA, URSULA y TADEA, por la derecha.

URSULA.—¿Qué le pasa?

SANTA.—(*Queriendo sonreír.*)—Me pinché...

URSULA.—A ver...

TADEA.—¿Con quién hablaba?

SANTA.—Con mi primo Alvaro...

TADEA.—No mire más el dedo, doña Ursula.

Cuidado, Santita; que el Maligno anda siempre en acecho de una debilidad.

SANTA.—No hay cuidado.

TADEA.—Porque no ignoro la formalidad de usted, precisamente le digo que se guarde mucho de la hora del diablo; que usted vive muy falta de cariños y el señor Comandante lleva tres años en adoración... y con eso, hay leña sobrada para una buena hogueira.

SANTA.—Es un amigo, nada más que un amigo.

TADEA.—Póngale el nombre que guste, pero guárdese. Tadea la aconseja bien.

ESCENA VIII

DICHOS y ESPERANZA, por la izquierda.

ESPERANZA.—¿Qué le aconseja?

TADEA.—Nada...

ESPERANZA.—Siento que en mi casa hablen ustedes de lo que yo no pueda enterarme.

URSULA.—¡Eso no, señora! Que hubo un poquito de conversación entre doña Santa y el primo Alvaro, y le decimos a ella, por decir, que no escuche...

ESPERANZA.—¿Hablásteis?

SANTA.—Sí...

ESPERANZA.—Lo prudente es que no vayas al baile; quitando ocasiones, quitas peligros. Dí que te duele la cabeza....

SANTA.—Lo diré.

(Recoge su labor, y mutis con Ursula, que la habla, por la derecha.)

ESCENA IX

DICHOS: el MARQUÉS DE MONTROVE, de frac, por la derecha.

TADEA.—¿Ya está vestido?...

MARQUÉS.—Eso parece..

TADEA.—¡Mucho va a divertirse hoy!

MARQUÉS.—No lo creo. Voy muy gustoso, porque Sol tiene el capricho de ir.

TADEA.—Buen marido, sí lo es... Mire que en Campanela los ponen de ejemplo: «felices y dichosos, como los Marqueses de Montrove»...

MARQUÉS.—Y lo somos.

TADEA.—Que les dure.

(Mutis por la derecha.)

MARQUÉS.—Gracias.

ESCENA X

DOÑA ESPERANZA, MARQUÉS, TIRSO, ACISCLO, ALVARO y el PADRE MUIÑOS, por la izquierda, (saludos).

MARQUÉS.—¿Qué hay del Padre Muñños?

TIRSO.—Lo hemos persuadido. Cuando un señor Magistrado, tan respetable como don Acisclo, todo ciencia y todo prudencia, le exhorta en los mismos términos que nosotros, mucha razón debemos tener.

P. MUIÑOS.—Y yo le agradezco, mi señor don Tirso, sus afectuosas amonestaciones, igual que al señor Presidente.

ACISCLO.—Me lo preguntaron y dí mi parecer leal. No es que desaprobe todas las palabras y todas las opiniones de usted, no, señor; pero digo que en las colectividades no puede prevalecer el criterio del inferior, porque eso sería la demolición del edificio social.

P. MUIÑOS.—Evidente...

ACISCLO.—¿Usted no cree que habrá alguna ley que yo estime, yo, personalmente yo, como ineficaz, como inadecuada, como injusta tal vez?... Pues sí, señor, las hay, y, sin embargo, al presentarse la oportunidad, la aplico en toda su extensión y en todo su rigor.

P. MUIÑOS.—¿Hay oportunidad para aplicar una ley injusta?

ESPERANZA.—(*Indignada.*)—¡Padre Muñosl

ACISCLO.—Yo le contestaré. Sí, señor, las hay. ¿Y por qué las hay? Porque mi criterio personalísimo de Presidente de la Audiencia no puede sobreponerse al criterio definitivo del Tribunal Supremo; porque mi opinión individual es preciso que desaparezca y se anule ante el texto de la ley vigente.

P. MUIÑOS.—*Dura lex.*

ACISCLO.—*Sed lex.* Exactamente. Lo que yo puedo hacer y hago es informar a mis superiores y a la Comisión de Códigos de todas las deficiencias que observo en la práctica, para que las corrija y las rectifique quien debe... Pero mientras no sean rectificadas con autoridad, yo sigo y seguiré aplicando la Ley íntegramente.

MARQUÉS.—Es un criterio, sí...

TIRSO.—El único. ¿Va el Comandante a discutir la orden de su Coronel? ¿Va el Juez a negarse a cumplimentar la acordada de la Audiencia? ¿Va el Párroco a interpretar las Sinodales? ¡No! ¡Evidentemente, no! Y eso es el orden, eso es la vida...

ALVARO.—El orden social, sí; la vida, no, don Tirso; no...

TIRSO.—¿Cómo, cómo?

ESPERANZA.—¡No empieces a replicar en militarote, Alvaro!

ALVARO.—(*Yendo.*)—No, tía Esperanza, no...

P. MUIÑOS.—(*Aparte al Marqués.*)—Lo que ellos defienden, como si no hubiera más cosas que defender, es la disciplina de las personas y el escalafón de las ideas, pero la vida, no; al contrario, eso es aprisionarle la vida y ponerle un candado al entendimiento de los que no son Jefes o Primados...

MARQUÉS.—Más bajo, Padre Muñosl, más bajo. Las casas tienen oídos y las calles tienen bocinas que llevan el eco a demasiados sitios... y hoy han de perdonarlo a usted.

P. MUIÑOS.—Cierto, cierto. Es mucha razón la de estos señores.

ESPERANZA.—(*Siguiendo su conversación con Alvaro.*)—Mejor será que no hablemos de nada porque me dolería profundamente el llegar a convencerme de que un caballero, y sobrino mío, pudiera dedicarse a turbar la paz de una señora honesta.

ALVARO.—¿Se refiere usted a Santa?

ESPERANZA.—No sé a quién me refiero.

ALVARO.—No se preocupe usted por ella,

que es tan rígida, tan inflexible... ¡tan local!

ESPERANZA.—¡Alvaro!

ALVARO.—(*Corrigiéndose.*)—Tan loca mi ambición, que jamás se realizará.

ESPERANZA.—No tengo duda de la respuesta de ella, pero a mí no me satisface ni aun el que se la obligue a negar. No lo olvides, si aprecias en algo el afecto con que te recibimos en esta casa.

(*Alvaro se inclina sin responder.*)

MARQUÉS.—¿Y los pequeños?

ESPERANZA.—Duermen, pero intranquilos. A cada instante se despiertan.

ALVARO.—(*Aparte al Padre Muñós.*)—¡Padre Muñós, la crueldad de los felices es horrenda...!

P. MUIÑÓS.—Ya lo sé... ¿Por qué lo dice ahora, don Alvaro?

ALVARO.—Como el señor Presidente, a sus pleitos y a sus causas, la tía Esperanza aplica a los cariños y a las pasiones la misma ley implacable, severa y rectilínea...

P. MUIÑÓS.—Hay que dispensarlos. Están muy arriba... y toda rebelión, aun no yendo contra ellos mismos, empieza por ser una injuria en el ánimo de los que viven muy bien y muy a gusto por las alturas de la tierra.

ALVARO.—No hablo ya de mí, ni del afán que yo puedo sentir por esa mujer... ¡pero es una injusticia tan grande la que se comete con esa pobre Santa!...

P. MUIÑÓS.—¿Es una injusticia? Pues la pondremos al lado de otras muchas, que nadie remedia.

ALVARO.—¡Yo lucharé por salvarla!

P. MUIÑÓS.—Deje, don Alvaro, deje. ¡Día vendrá en que el montón llegue al cielo y entonces, compadecido el cielo, las quemará todas juntas de una sola vez!

ALVARO.—Bien hará; pero mientras no lo hace, yo seguiré llevando mi fuego a Santa y a su desdicha.

P. MUIÑÓS.—Usted sabrá...

ESCENA XI

DICHOS: PILUCA, luego SOL, SANTA, URSULA, TADEA y MARIQUIÑA, por la derecha.

PILUCA.—Doña Esperancita...

ESPERANZA.—¿Qué quieres, Piluca?

PILUCA.—Vengo de embajadora.—(*Entonándose.*)—Doña Sol de San Payo y de Espiñeira, Marquesa de Montrove, pregunta si pueden re-

cibirla vuestas mercedes, a ella y a su traje de París, de *chez Paquin*.

MARQUÉS.—(Sonriendo, y siguiendo la burla.)
—¿Qué opinan ustedes? ¿La recibimos a ella y a su traje?

ESPERANZA.—A ver qué será...

MARQUÉS.—(Entonado.)—Que entre Sol.

P. MUIÑOS.—El, el...

MARQUÉS.—Lo diremos como usted desea.
Que entre el Sol.

(Mutis Piluca; en seguida vuelve con las demás.)

ACISCLO.—¡Bravo!

P. MUIÑOS.—Muy precioso.

ALVARO.—Una monada de vestido.

SOL.—¿Verdad?

MARQUÉS.—Una maravilla.

SOL.—¿Te gusta?

TIRSO.—¿Qué dices tú?

ESPERANZA.—Yo digo que me parece de un atrevimiento escandaloso.

SOL.—¡Alto! Con eso ya contábamos, mamá.
—(Entonada.)—¡A mí, pajes y camaristas!—
(Adelantan Santa, Piluca y Mariquiña, con gasas, un acerico de alfileres y una cajita de imperdibles. Natural.)—Y tú dispondrás hasta dónde cubren.

ESPERANZA.—Más subido. Más subido... Así.

SOL.—Traje de París, ya te convertiste en traje de Campanela.

(Mientras Santa y las chicas transforman en vestido alto lo que fué vestido escotado, siguen hablando.)

ALVARO.—Aún queda todavía encantador.

SOL.—Y de más abrigo; la salud gana con eso.

ESPERANZA.—Y la corrección.

P. MUIÑOS.—(Aparte al Marqués.)—Si fuera tan fácil cambiar de ideas...

SOL.—Señor Presidente...

ACISCLO.—Marquesa...

SOL.—Como usted ve, hemos traído gasa de sobra. La que sobre, se la voy a mandar.

ACISCLO.—¿A mí? ¿Para qué?

SOL.—Para las sentencias. Créame que algunas estarán bastante mejor un poco más veladas.

ACISCLO.—Tiene usted razón, y nosotros también la tenemos. Muchas veces empleamos expresiones duras, pero gráficas, en honor a la verdad y a la justicia; porque realmente, no se puede andar con ambigüedades, cuando se trata de la vida y de la libertad de las personas.

SOL.—Esa es la mía, don Acisclo. Cuando uno

se juega la vida, hay que ir muy claro, muy derecho y muy decidido, sin cuidarse para nada de que a los demás les escandalice un concepto o una resolución.

ESPERANZA.—No digas eso, que la opinión ajena...

SOL.—(Atajándola.)—¿En las cosas menudas? ¡Qué duda cabe! En las cosas menudas, la opinión ajena debe ser la opinión propia. ¿Ponemos más gasas?

ESPERANZA.—(Aspera.)—No.

P. MUIÑOS.—Tan de acuerdo estoy, señora Marquesa, en abdicar de las convicciones propias...

ESPERANZA.—Usted es un rebelde, Padre Muiños.

TIRSO.—Un discípulo.

ESPERANZA.—Y mucho temo que hayamos de arrepentirnos de este favor que hoy se le hace.

P. MUIÑOS.—Señora...

TIRSO.—Mucho lo tememos.

P. MUIÑOS.—Don Tirso...

SOL.—¡No lo atosiguéis! Es un hombre honrado, un sacerdote ejemplar...

TIRSO.—Nadie le recrimina su conducta, sino sus palabras.

SOL.—¿Contra la religión?

TIRSO y ESPERANZA.—(A un tiempo.)—No.

P. MUIÑOS.—¿Contra el dogma? ¡Si mis labios hubieran proferido herejía, antes que llegara el anatema, yo mismo habría puesto un hierro candente a mis labios!

MARQUÉS.—(Abrazándole.)—Nole acusan de eso, no...

SOL.—Que reclama con cierta viveza de los procedimientos y de los modos de algunos superiores.

ESPERANZA.—¿Te parece que no es suficiente?

SOL.—¡Yo no le animo a seguir en la lucha: al contrario, le quito toda la razón en ese punto y le aconsejo vivamente que ceda, que transija, que se amolde...; pero a solas él y nosotros, me guardo mucho de llamarle rebelde porque definiendo un mísero pedazo de pan con un poco de engerial

TIRSO.—¡Eso es alentarle!

SOL.—¡No, padre, no; qué ha de ser!

P. MUIÑOS.—(Aparte al Marqués.)—Cuando habla, para mí es como si amaneciera un nuevo día de bondad...

MARQUÉS.—Que usted merece...

P. MUIÑOS.—Dios se lo pague... ¡y yo, cuando lo permita Dios!

SANTA.—Ya está.

SOL.—Pues arregláos vosotras, que va siendo hora.

(Mutis por la derecha, Ursula, Tadea, Piluca y Mariquiña.)

ACISCLO.—De la Audiencia irán todos, incluso el Secretario.

ALVARO.—Y de mi Cuerpo, hasta el oficial de guardia ha pagado su billete.

SOL.—Muchas gracias en nombre de los pobres... y en el mío. ¡Vamos, Santa, vamos!

SANTA.—Yo no voy al baile... Me duele mucho la cabeza...

SOL.—Toma aspirina... y vistete.

SANTA.—No... Dispensa que no te acompañe.

SOL.—¿Te lo han prohibido?

SANTA.—No, no...

SOL.—Pues entonces...—*(Interrumpiéndola.)*
—¿Tienes fiebre?

SANTA.—No..., neuralgia nada más.

SOL.—Pues entonces, ve a vestirme, Santa; te lo suplico...

ESPERANZA.—Si estás ya bien, vistete, sí...

(Mutis Santa por la derecha.)

ESCENA XII

SOL, ESPERANZA, TIRSO, MARQUÉS, ALVARO, el PADRE
MUIÑOS y ACISCLO

TIRSO.—Haces mal en obligarla.

SOL.—No la obligo. Sé positivamente que tenía una gran ilusión por acompañarme; alguien ha debido quitarle esa ilusión y darle ese dolor de cabeza, en que no creo.

ESPERANZA.—Por motivos muy poderosos.

SOL.—No los niego, madre. Pero esa pobre Santa, lleva muy seguido su calvario y resulta cruel el privarla de tan pequeñísima expansión.

ESPERANZA.—¿Soy yo la cruel?

SOL.—Tu voluntad, no; tu intención, no...; pero tus mandatos, a veces sí lo son.

TIRSO.—¿Supongo que no censurarás a tu madre?

SOL.—¡No!—*(Abrazando a los dos a un tiempo.)*—Y si vosotros habéis visto en mis palabras algo irrespetuoso, yo os pido perdón y mil veces más perdón otra vez. Pero no puedo remediarlo. ¡Me subleva toda injusticia!

TIRSO.—No comprendo de qué injusticia te quejas tú.

SOL.—De la nuestra.

ESPERANZA.—¡No hacemos mal a nadie!

SOL.—No. Pero por lo mismo que somos muy felices, mucho, muchísimo, temo un poco que no haya algo de injusticia a favor nuestro.

ACISCLO.—Que dure, que dure...

SOL.—Y pudiendo ser, don Acisclo, sin que nos lo quiten a nosotros, que se reparta, que se reparta...

TIRSO.—Eso está perfectamente.

SOL.—Soy muy dichosa, lo son todos los de mi casa; tengo un marido tan bueno, que si no fuera mi marido, le iría a pedir si lo quería ser...

MARQUÉS.—(*Riéndola afectuoso.*)—Sol...

P. MUIÑOS.—Ahora amanece para usted, señor Marqués.

SOL.—Tenemos salud, fortuna, honores... ¡todo el bien se acumula en nosotros! Pero en medio de tanta suerte, me indigna y me sonroja el que a nuestro lado haya una pobre mujer condenada a sufrir eternamente por hombres inicuos y por leyes absurdas!

ACISCLO.—¡Santa!...

SOL.—Santa, sí, señor; y cuando alguien de los míos le cercena una parte de sus contadas alegrías, me causa el efecto de que somos nos-

otros los culpables de toda su desventura.

P. MUIÑOS.—(*Aparte a Alvaro.*)—El sol va alzándose para todos y el amanecer es ya día claro...

ESPERANZA.—Es una gran desgracia la suya...

SOL.—Para ella, sí, una gran desgracia; para todos los demás, una gran vergüenza; que es bochornoso el que ninguno sepa cómo se ampara a una mujer burlada y desvalida.

ESPERANZA.—¿Qué dices, Sol?

TIRSO.—¿Qué dices, hija?

MARQUÉS.—Una verdad, Alvaro...

ALVARO.—¡Una verdad, Antonio!

P. MUIÑOS.—¿Una verdad nada más? Muchas, muchas...

SOL.—¡Y si yo estuviera en su caso, después de pedir todos los consejos imaginables, después de pedir que estudiaran todas las leyes habidas y por haber, si me dijeran, como a ella, que no había una ley para deshacer el agravio de otra ley, creo que pasaría muy pronto por encima de las leyes, defendiendo mi vida y mi felicidad!

ESPERANZA.—¡Qué horror!

TIRSO.—¿Qué dices, hija?

ACISCLO.—¡Señora Marquesal!...